

carles, era un gran golpe de talento; probó á darlo, y salió con su empresa. Desde esta época empiezan sus relaciones con Camilo Desmoulin y con Danton.

Este y Dumouriez, semejantes en vicios y en cualidades, forzosamente tenían que ponerse de acuerdo muy pronto, porque uno y otro no quisieron en la revolución sino su actividad. Los principios les eran enteramente indiferentes; lo que halagaba su energía y su ambición era aquel movimiento tumultuoso de las cosas, que precipitaba y elevaba á los hombres desde el trono á la nada, desde este estado á la cumbre de la fortuna y del poder. La embriaguez de la acción era para aquellos dos hombres una necesidad continua de su naturaleza, y la revolución, un campo de batalla cuyo vértigo les encantaba y engrandecía.

Cualquiera otra revolución distinta á la que atravesaban les hubiese convenido igualmente, ya hubiese sido favorable al despotismo ó á la libertad, al rey ó al pueblo. Hay hombres que, no pudiendo respirar con desahogo sino en una atmósfera agitada, no pueden vivir más que en medio de un torbellino de acontecimientos. Además, si Dumouriez tenía los vicios ó las ligerezas de las cortes, Danton tenía los vicios y el desenfreno del pueblo. Aunque estos vicios sean tan diferentes en la forma, son idénticos en la esencia; se comprenden unos á otros fácilmente y son el punto de contacto entre la debilidad de los grandes y la corrupción de los pequeños. Dumouriez comprendió á Danton á primera vista, y éste dejó que aquél se le acercase y no opuso resistencia á lo que de él quiso exigir. Sus relaciones, sospechosas de cohecho por una parte y de venalidad por otra, subsistieron secreta ó públicamente hasta el destierro de Dumouriez y hasta que murió Danton. Camilo Desmoulin, amigo de éste y de Robespierre, se apasionó también de Dumouriez, cuyo nombre popularizó en sus libelos. El partido de Orleans, representado por medio de Sillery, Laclous y madama de Genlis en los Jacobinos, buscó igualmente la amistad del nuevo ministro. En cuanto á Robespierre, cuya política consistía en una reserva hábil con todos los partidos, no manifestó respecto á Dumouriez ni cariño ni antipatía, pero se regocijó interiormente al ver en él un rival de sus enemigos. Es muy difícil odiar al enemigo de los que nos aborrecen.

## IX

El antagonismo entre Brissot y Robespierre crecía y se envenenaba cada día más. Las sesiones de los Jacobinos y los papeles públicos eran el teatro permanente de la lucha y de las reconciliaciones de aquellos dos hombres. Iguales en fuerzas en la nación, iguales en talento en la tribuna, se veía que se temían mutuamente, al mismo tiempo que se atacaban y que disfrazaban bajo la apariencia de un respeto recíproco hasta sus más graves ofensas. Pero esta animosidad comprimida aumentaba más el odio de sus almas y estallaba de cuándo en cuándo bajo sus almiaradas palabras, á la manera que sale la muerte del acero que parece más terso.

Todos aquellos gérmenes de división, de rivalidad y de resentimiento hirvieron como el agua en una caldera en las sesiones de Abril. Fueron éstas una especie de revista general de los dos grandes partidos que iban á despedazar el imperio, disputando cuál de los dos había de dominar al otro. Los fuldenses, ó sea los constitucionales moderados, eran las víctimas que uno y otro partido sacrificaban á por-

fía á las sospechas y á la ira de los patriotas. Røederer, jacobino moderado, era acusado de haber asistido á un convite dado por los fuldenses amigos de Lafayette. «Yo no culpo sólo á Røederer,—decía Tallien,—denuncio igualmente á Condorcet y á Brissot. Arrojemus de nuestra sociedad á todos los ambiciosos y á todos los cromwellistas.»

«Pronto llegará el momento de quitar la máscara á los traidores,—dijo á su vez Robespierre,—yo no quiero quitársela ahora mismo. Es preciso que cuando hiramus, el golpe sea decisivo, y yo quisiera que aquel día me oyese toda Francia, y hasta el mismo jefe de todas esas facciones, que es Lafayette, á quien tendría gusto en ver asistir á esta sesión á la cabeza de su ejército, porque de este modo me proporcionaría la ocasión de presentarme ante sus soldados, á quienes diría enseñándoles mi pecho descubierto: ¡Herid! Este momento sería el último de Lafayette y de la facción de los intrigantes.» (Este era el nombre que había inventado Robespierre para designar á los girondinos.) Fauchet dió una satisfacción de lo que había dicho respecto á que sería una felicidad para la patria que Guadet, Vergniaud, Gensonné y Brissot se pusiesen al frente del gobierno. Los girondinos eran acusados de soñar en un *protector*, y los jacobinos en un *tribuno* del pueblo. Brissot subió por fin á la tribuna, y dijo: «Vengo á defenderme. ¿Cuáles son mis crímenes? Según dicen, he nombrado ministros. También se ha esparcido la voz de que estaba en correspondencia con Lafayette, y quería hacer de él un protector. Seguramente que me conceden un gran poder los que piensan que desde el cuarto piso donde habito he dictado leyes al palacio de las Tullerías. Pero aún cuando fuese cierto que yo hubiese nombrado ministros, ¿de cuándo acá es un crimen haber puesto en manos de los amigos del pueblo los intereses de ese mismo pueblo? Dicen que este ministerio va á distribuir todos sus favores entre los jacobinos ¡Ojalá estuviesen servidos por éstos todos los destinos de la nación!»

A estas palabras, Camilo Desmoulin, que estaba en un rincón de la sala y que era enemigo de Brissot, se acercó al oído del que estaba á su lado, y le dijo en alta voz y con una sonrisa irónica: «¿Qué bien habla ese bribón! Ni Cicerón ni Demóstenes se hubiesen valido de unas insinuaciones más elocuentes». A estas palabras, cien gritos de los partidarios de Brissot piden á un mismo tiempo que Camilo Desmoulin sea expulsado de la sala. Uno de los censores califica de palabras infamantes las que ha dicho el libelista, y la calma se restablece. Brissot prosigue en estos términos: «La denuncia es el arma del pueblo, yo no me quejo de esto. ¿Sabéis quiénes son sus más crueles enemigos? Los que prostituyen la denuncia. ¡Oh! El denunciar es cosa muy fácil. ¿Es tan fácil probar lo que se dice? ¡Despreciad altamente á todo el que denuncie y no pruebe! Hace ya tiempo que se habla de protector y de protectorado. ¿Sabéis por qué? Para acostumbrar á los hombres á oír los nombres de tribunado y de tribuno. Los que lo desean no ven que el tribunado no existirá jamás. ¿Quién se atreverá á destronar al rey constitucional? ¿Quién osaría ceñir á sus sienes la corona? ¿Quién es capaz de imaginar que la raza de Bruto se ha extinguido? Y aún cuando no hubiese otro Bruto, ¿dónde se halla un hombre que tenga diez veces más talento que Cromwell? ¿Creeis que el mismo Cromwell hubiese salido con su intento en una revolución como la nuestra? Aquel hombre tenía dos caminos abiertos á la usurpación, que hoy no existen: la ignorancia y el fanatismo. Vosotros que creéis ver otro Cromwell en Lafayette, ni cono-



ceis á éste, ni tampoco conoceis vuestro siglo. Cromwell era hombre de carácter; Lafayette no lo es. No puede llegarse á ser protector sin audacia ni carácter, y aún cuando el que vosotros pensais tuviese ambas cosas, encierra nuestra sociedad una porcion considerable de hombres amigos de la libertad, que pereceria mil veces más bien que sostenerle. Yo soy el primero que juro desde este instante que reinará la libertad en Francia, ó yo moriré peleando contra los protectores y los tribunales. ¡Los tribunales! Hé ahí los verdaderos enemigos del pueblo, los que le halagan para encadenarle, los que siembran sospechas contra toda virtud que no quiere envilecerse. Recordad lo que fueron Aristides y Focion, y vereis cómo estos grandes hombres no asediaban continuamente la tribuna».

Brissot, al lanzar esta indirecta, se volvió hácia Robespierre, que era á quien iba dirigida. Robespierre se puso pálido y levantó precipitadamente la cabeza. «No asediaban continuamente la tribuna,—repitió Brissot,—permanecian en sus puestos, bien fuesen éstos en el campo ó en los tribunales (*Risas irónicas en los bancos de los girondinos, que acusaban á Robespierre de abandonar su puesto en los días de peligro*). No desdeñaban ningun empleo, por modesto que fuese, cuando el pueblo se lo daba; hablaban poco de sí mismos, no adulaban á los demagogos, y jamás denunciaban sin tener pruebas convincentes de lo que decian. Los calumniadores no perdonaron á Focion, y éste fué víctima de un adulator del pueblo. ¡Ah! Esto me recuerda la horrible calumnia inventada contra Condorcet. ¿Quién sois vos para calumniar á este gran hombre? ¿Qué habeis hecho? ¿Dónde están vuestros trabajos y vuestros escritos? ¿Podeis citar ese sinnúmero de asaltos dados por él al trono, á las preocupaciones, á la supersticion y á la aristocracia por espacio de treinta años, en union de Voltaire y de Alembert? ¿En dónde estaríais vos, dónde estaria esa tribuna, á no haber sido por aquellos grandes hombres? ¿Cómo, siendo ellos vuestros maestros, os atreveis á insultar á los que han dado la voz al pueblo? ¿Cómo osais atentar contra Condorcet, cuando su vida no es sino una serie no interrumpida de sacrificios? Filósofo, académico, cortesano y noble, no ha vacilado este hombre en hacerse político, periodista, pueblo y jacobino. ¡Mirad lo que haceis, mirad que seguís los impulsos secretos de la corte!... ¡Ah! Yo no imitaré á mis adversarios, no repetiré esos rumores que corren tan acreditados de que están pagados por la lista civil. (Decian, en efecto, que Robespierre estaba ganado para oponerse á la guerra.) No diré nada de un comité secreto adonde concurren y en donde se conciertan los medios de influir sobre esta sociedad. Lo que sí diré es que siguen la misma marcha que los fautores de la guerra civil, y que sin quererlo, hacen más mal á los patriotas que la misma corte. ¡Y en qué momento tan crítico han ido á introducir la division entre nosotros! Precisamente en el momento en que nos vemos amenazados por una guerra exterior y otra intestina... Demos tregua á estos debates y volvamos á continuar la órden del día, despreciando como se merecen esas odiosas y funestas denuncias.»

Al oír estas palabras, tan insultantes para Guadet como para Robespierre, ambos disputaban por subir á la tribuna. «Cuarenta y ocho horas hace—dijo Guadet—que la necesidad de justificarme pesa sobre mi corazon; no hace sino unos cuantos minutos que Robespierre se halla en el mismo caso que yo; pido que se me conceda ántes la palabra que á él.» Concedida ésta, sube á la tribuna y se disculpa en pocas palabras. «Estad muy prevenidos—dice al terminar su discurso—contra

esos oradores empíricos que sin cesar usan las palabras de libertad, tiranía y conjuracion, y que mezclan siempre su propio elogio á los chismes con que halagan al pueblo; deshaceos de estos hombres.» «¡Al órden,—exclama Freron, amigo de Robespierre,—al órden la injuria y el sarcasmo!» Las tribunas prorumpen en aplausos y en silbidos casi por iguales partes. La sala se divide en dos campos separados por un largo intervalo. Crúzanse los apóstrofes, combátese con el gesto y con



Claviere.

Servan.

los ademanes, y para llamar al órden colocan algunos sus sombreros en la punta de los bastones. «Se me ha llamado malvado,—dice Guadet.—¿No he de poder yo denunciar á un hombre que antepone sin cesar su orgullo á la causa pública, un hombre que hablando continuamente de patriotismo, abandona su puesto al menor peligro? ¡Sí, yo denuncio á este hombre, que, sea por ambicion ó por desgracia, es en el día el ídolo del pueblo!» La confusion que reina en la sala sofoca la voz de Guadet.

Robespierre reclama entónces que se guarde silencio para que pueda oírse lo que dice su enemigo. «Pues bien,—prosigue Guadet, asustado ó enternecido por la fingida generosidad de Robespierre,—yo os denuncio á un hombre que por amor á la libertad de su patria debería quizá imponerse él mismo la ley del ostracismo; porque esto sería servir al pueblo, impidiéndole que se crease ídolos.» Estas palabras producen multitud de risas forzadas y burlonas. Robespierre, con una calma estudiada, sube los escalones de la tribuna en medio de las sonrisas y los aplau-



son de los jacobinos. «El discurso que acabais de oír — dice mirando á Brissot y á sus amigos — satisface todos mis votos, y encierra en sí todas las inculpaciones que acumulan contra mí los enemigos que me rodean. Contestando yo ahora al señor Guadet, quedarán todos ellos contestados. Se me invita al ostracismo, y no cabe duda que sería en mí mucha presuncion el condenarme á él, porque éste es el castigo de los grandes hombres, y sólo á Mr. Brissot toca el clasificarlos. Se me reconviene tambien porque asedio sin cesar la tribuna. ¡Ah! Asegúrese la libertad, afiáncese la igualdad, desaparezcan los *intrigantes*, y me vereis tan solícito en huir de esta tribuna y hasta en desertar de este recinto, como asiduo me veis ahora en asistir á este sitio. Entónces se llenará el deseo que me es más caro; y feliz en vista de la felicidad pública, pasaré unos dias serenos en medio de las delicias de una dulce y oscura intimidad.»

Estas palabras son interrumpidas por el murmullo de una emocion fanática; Robespierre se limita á lo que lleva dicho, y difiere responder con más extension para el dia siguiente. Llegado éste, siéntase Danton en el sillón y preside la lucha que se entabla entre sus enemigos y su rival. Robespierre empieza por elevar su propia causa á la altura de una causa nacional, disculpándose de haber sido el primero que habia provocado á sus adversarios. Cita las acusaciones intentadas y las injurias vomitadas contra él por el partido de Brissot.

«Los nombres que se me prodigan y las acusaciones á que se quiere que yo responda, — dice, — son nada ménos que llamarme y acusarme de jefe de partido, de agitador del pueblo y de agente secreto del comité austriaco. Yo no responderé ni como Escipion ni como Lafayette, que acusados en la tribuna del crimen de lesa nacion, se contentaron con guardar silencio. Yo responderé con mi vida anterior. Discípulo de Juan Jacobo Rousseau, sus doctrinas han inspirado en mí su propio espíritu respecto al pueblo. El espectáculo de aquellas numerosas asambleas de los primeros dias de nuestra revolucion me llenó de esperanzas. Bien pronto comprendí la diferencia que hay entre aquellas asambleas reducidas, compuestas de ambiciosos ó de egoistas, y la nacion en masa. Aunque sofocada allí mi voz varias veces, preferí excitar los murmullos de los enemigos de la verdad, á obtener aplausos vergonzosos. Yo dirigia mis miradas más allá de aquel recinto, y mi objeto era que me oyese toda la nacion, y hasta la humanidad entera. Esta ha sido la causa de ocupar tan á menudo la tribuna, pero aún he hecho mucho más con dar á Francia un Brissot y un Condorcet. Estos grandes filósofos no cabe duda que han ridiculizado y combatido á los sacerdotes, pero no han obsequiado ménos á los grandes y á los reyes, de los cuales han sacado un partido bastante regular. (*Risas*). Vosotros no habeis olvidado aún con cuánto encarnizamiento han perseguido el genio de la libertad en la persona de Juan Jacobo, único filósofo que haya merecido, segun mi modo de pensar, esos honores públicos prodigados hace tanto tiempo á unos charlatanes políticos y á unos héroes despreciables. Brissot debia al ménos agradecerme. ¿En dónde estaba él cuando yo defendia la sociedad de los Jacobinos contra la Asamblea constituyente? Sin lo que yo he hecho en aquella época no me insultaríais ahora en esta tribuna, porque esta tribuna no existiria. ¿Yo soy, sin embargo, el corruptor, el agitador y el tribuno del pueblo? ¡Mentís! ¡Yo no soy nada de todo esto! ¡Lo que yo soy es pueblo! Me echais en cara el haber abandonado mi puesto de acusador público. Lo he hecho cuando he visto

que este encargo no me daria otro derecho que el de acusar á los ciudadanos por delitos civiles, y que me quitaria el de acusar á los enemigos políticos. Esta es la razon que tiene el pueblo para amarme. ¡Y vosotros quereis ahora que yo mismo me condene al ostracismo para sustraerme á su confianza! ¡Un destierro! ¿Con qué cara os atreveis á proponérmelo? ¿Dónde quereis que me retire? ¿Qué pueblo me recibirá? ¿Qué tirano me dará un asilo? ¡Ah! Puede uno muy bien abandonar su patria cuando ésta es dichosa, libre y se halla triunfante; pero no se huye de ella cuando está amenazada, despedazada y oprimida, porque entónces, ó se la salva ó se muere por ella. El cielo, que me dió un alma apasionada por la libertad y que me hizo nacer bajo el dominio de los tiranos; ese cielo que colocó mi vida en el centro del reinado de las facciones y de los crímenes, me llama quizá á marcar con mi sangre el camino de la felicidad y de la libertad de los hombres. ¿Exigís de mí otro sacrificio? Si os hace falta el de mi fama, ahí la teneis. Yo no queria adquirir reputacion sino para obrar el bien de mis semejantes; si para conservarla es preciso vender la causa del pueblo por medio de un cobarde y bajo silencio, tomadla y manchadla si quereis, porque yo no lo impediré. Ahora que me he defendido, podria muy bien atacaros. Sin embargo, no lo haré, y desde ahora os ofrezco la paz. Olvido vuestras injurias, devoro vuestros ultrajes, pero lo hago con una condicion, y es que combatais conmigo á los partidos que desgarran nuestro país, y muy particularmente al más peligroso de todos, que es el de Lafayette, el de ese pretendido héroe de ambos mundos, que despues de haber asistido á la revolucion del nuevo, no ha hecho otra cosa hasta ahora que contener los progresos de la libertad en el antiguo. Vos mismo, Brissot, ¿no habeis convenido conmigo en que aquel jefe era el verdugo y el asesino del pueblo, y en que la matanza del Campo de Marte habia hecho retrogradar veinte años á la revolucion? ¿Es hoy temible este hombre por hallarse á la cabeza de un ejército? No. ¡Apresuraos, haced mover horizontalmente la espada de la ley para que hiera todas las cabezas de los grandes conspiradores! Las noticias que nos llegan de su ejército son muy funestas. Ya ha empezado á introducir la division entre los guardias nacionales y la tropa de línea, ya ha corrido en Metz la sangre de los ciudadanos, ya se ha encarcelado á los mejores patriotas de Strasburgo. Desde ahora os digo que estais acusados de ser causa de todos estos males. Desvaneced estas sospechas uniéndoos á nosotros, y reconciliémonos, pero sólo con objeto de salvar la patria.»